

ESCENA VII

DON GUMERSINDO. Luego PEPE y GARCÍA, por el foro derecha

- GUM. Bueno estoy yo ahora para escuchar tontearías. Y si de lo que iba á hablarme era de Elena, que espere. Cuando le conozca Celedonio trataremos de eso... El me aconsejará... Es hombre que ha viajado mucho y tiene un golpe de vista para conocer á las personas... (Mira el reloj.) Las veintiuna menos cinco. ¡Dios mío! ¿Será posible que no venga? ¡Han llamado! ¡Este sí que es él! Ya decía yo que no podía ofenderme. (Va al foro derecha y aparece Pepe.)
- PEPE. Aquí está...
- GUM. ¿Quién?
- PEPE. El afinador.
- GAR. Servidor de usted. (Presentándose. Vase Pepe.)
- GUM. (Por vida de...)
- GAR. Voy, con su permiso...
- GUM. (Conteniéndole.) No. Haga usted el favor de volver mañana. Esta no es hora de afinar pianos, ni yo estoy para cencerros.
- GAR. Es solo una cuerda. Un *fa* que se me resiste.
- GUM. Bueno, pues yo no lo resisto tampoco. Vuelva usted en mejor ocasión.
- GAR. Está bien. Volveré. (Medio mutis y vuelve.) Yo lo hacía por si los señoritos...
- GUM. Déjeme usted en paz, hombre, déjeme usted en paz.
- GAR. Voy, voy. (El caso es que yo necesitaba hablar con Juana esta misma noche...) Beso á usted la mano...
- GUM. Vaya usted mucho con Dios. (Vase García por el foro derecha.)

ESCENA VIII

DON GUMERSINDO. Luego PEPE. Más tarde JUANA. Después MARGARITA y ELENA

- GUM. ¡Caracoles con las visitas! Y este dichoso afinador ya me va á mi cargando. Todos los

- días me le encuentro ahí dale que le das al piano.
- PEPE. Señor... (Por el foro.)
- GUM. ¡No estoy en casa para nadie!
- PEPE. Si es que á la puerta se ha parado un simón con unas maletas.
- GUM. ¡Es él! ¡Es Celedonio!
- PEPE. Digo yo que lo será.
- GUM. Anda y que suban el equipaje. ¡Si no podía faltar! (Vase Pepe por el foro.) ¡Margarita! ¡Elena! ¡Juana! Y yo que creía... Si no podía ser. (saliendo por la segunda derecha.) ¿Llamaba usted?
- JUANA. Baje usted y ayude á Pepe á subir las maletas.
- GUM. ¿Ya ha llegado ese señor?
- JUANA. Sí. (Desde la ventana.) ¡El es! ¡Por ahí, por la puerta de la verja! (Vase Juana por el foro.) ¡Elena! ¡Margarita!
- MARG. (saliendo por la segunda izquierda.) ¿Qué es eso?
- ELENA. (Idem.) ¿Qué pasa?
- GUM. Que ya le tenemos ahí.
- MARG. ¡Gracias á Dios!
- CEL. (Dentro.) ¡Gumersindo!
- GUM. (Desde la puerta del foro.) ¡Por aquí! ¡Por aquí!

ESCENA IX

DICHOS y DON CELEDONIO en traje de viaje y con un saco de noche en la mano

- CEL. ¡Gumersindo de mi alma!
- GUM. ¡Celedonio de mi vida! (Se abrazan fuertemente. Celedonio deja el saco en la silla de la izquierda del foro.)
- CEL. ¡Otro abrazo, hombre, otro abrazo!
- GUM. ¡Todos los que quieras!
- MARG. (¡Vaya un tipo!) (Entran por el foro Pepe y Juana con maletas, mantas, sombrero y demás llos de viaje.)
- GUM. Id colocando todo eso en esa habitación. Llevad ese saco.
- CEL. No, deja; luego lo llevarán. (Vanse Pepe y Juana por la segunda derecha. Salen luego y se van. Juana por la segunda izquierda; Pepe por el foro derecha.)

- GUM. ¡Vaya con Celedonio! ¡Dieciséis años sin vernos! (1)
- CEL. Pero, oye, preséntame. Esta será tu hija Elenita.
- ELENA Para servir á usted.
- CEL. Es monísima.
- ELENA Muchas gracias.
- CEL. Cuando yo la ví la última vez tenía año y medio.
- GUM. Acabábamos de destetarla.
- CEL. Te aseguro que si la encuentro en la calle no la hubiera conocido. ¡Lo que se desfiguran estas muchachas!
- MARG. (¡Naturalmente!)
- CEL. ¿Y esta otra señorita?
- GUM. Mi mujer.
- CEL. ¿Tu mujer?
- MARG. Servidora de usted.
- CEL. ¡Ah, bribón! Y me escribiste diciendo que te casabas en segundas nupcias con una señora de cierta edad.
- MARG. No soy ninguna niña... Tengo ya veintinueve años.
- GUM. Veintinueve años cumplidos.
- CEL. Déjate de cumplidos. Es mucha la diferencia. No vengas presumiendo de pollo, porque tú y yo somos de una edad, mes arriba ó abajo, y, francamente, yo no me hubiera atrevido.
- GUM. (¡Pero hombre!) Este siempre tan bromista.
- MARG. Ya veo. (¡Qué animal debe de ser este caballero.) (A Elena.)
- GUM. ¡Vaya con Celedonio! Tienes que perdonarme... He llegado tarde á la estación...
- CEL. No me choea. Si yo creí que no llegaba nunca á esta casa. Esto no es vivir en Madrid. Tienes que mudarte al centro.
- ELENA ¿Verdad que sí?
- CEL. ¿A quién se le ocurre vivir en las afueras?
- GUM. Es un hotelito muy cómodo y que me ha costado muy barato.
- CEL. No importa. Es preciso que lo vendas.

(1) Celedonio—Gumersindo—Elena—Margarita.

- MARG. (1) Nosotras lo sentiríamos. Nos encontramos aquí tan á gusto...
- GUM. Puede, puede que lo venda.
- MARG. ¿Lo ves? (A Elena.)
- GUM. Basta que tú me lo aconsejes.
- CEL. Usted no sabe, señorita (2) (A Margarita.) digo, señora... No me acostumbro á la idea de que sea tu mujer.
- GUM. Pues acostúmbrate.
- CEL. Usted no sabe, señora, lo que éste y yo nos queremos.
- GUM. Mucho
- MARG. Ya sabemos, ya.
- CEL. Como que nos conocemos desde niños, desde el año... (Gesto de Gumersindo.) Descuida, no diré la fecha. Pues hace lo menos cuarenta años.
- GUM. (¡Ya la soltó!)
- CEL. ¡Lo que hemos corrido de muchachos por aquella playa del Sardinero! Siempre andábamos juntos. ¡Y qué afición teníamos á embarcarnos!
- GUM. ¡Ah!
- CEL. Nos pasábamos las horas muertas en una balandra preciosa de un tío de éste, que se llamaba *La Gaviota*.
- GUM. ¡Qué tiempos aquéllos!
- CEL. Y aquí, donde ustedes le ven, este hombre fué mi salvador.
- GUM. ¡Celedonio!
- CEL. Sí, señor; á ti te debo la vida. ¿No les ha contado á ustedes ese rasgo heroico?
- MARG. No, señor.
- CEL. Pues lo contaré yo, porque esas cosas enaltecen á Gumersindo.
- GUM. ¡Pero hombre!..
- CEL. Verán ustedes (Se sientan los cuatro. Gumersindo en la butaca, Celedonio en la silla derecha de la mesita, Margarita en la de la izquierda y Elena en la banqueta del piano.) Eramos en aquella época dos pollos bastante calaverillas... (Movimiento de Gumersindo.) Tú te callas. Hay que decirlo

(1) Celedonio—Gumersindo—Margarita—Elena.

(2) Gumersindo—Celedonio—Margarita—Elena.

todo.—Había entonces en Santander una magnífica compañía de zarzuela. Una tarde salimos á comernos una empanada de jamón mar adentro. No íbamos solos. Nos acompañaban dos coristas.

ELENA

GUM.

CEL.

GUM.

CEL.

¡Papá!
Dos coristas... ¡del coro de hombres!
Eso es. Dos coristas muy guapas.
¡Muy guapos!
Eso; muy guapos y muy simpáticos. Llevábamos viento favorable. La balandra se deslizaba blandamente sobre las olas. Yo, entusiasmado ante el hermoso espectáculo que presentaba el mar, me puse de pie sobre la borda, (se pone de pie, colocando el pie izquierdo sobre la silla.) y comencé á cantar aquello de *Marina*, que estaba entonces muy en boga: (Canta.) *Al ver en la inmensa llanura del mar...*

GUM.

CEL.

(Canta.) *¡Del mar!...*
Pero cuando llegaba á la *llanura* vino un golpe de mar y ¡cataplúm! me caí de cabeza por estribor. (se sienta.) ¡Qué momentos aquellos!... Las coristas...

GUM.

CEL.

MARG.

CEL.

¡Los!
Los coristas se desmayaron.
¡Pobrecitas! Digo, ¡pobrecitos!
Yo nadaba muy mal, y por más que pateaba no conseguía salir á flote. ¡El agua que yo tragué! Ya me creía ser pasto de los peces, cuando de pronto sentí una mano vigorosa que me suspendía por el cabello. (Margarita mira la cabeza de don Celedonio.) Entonces tenía yo una cabellera hermosa. Si llega á ser ahora, me voy á fondo irremisiblemente. Aquella mano era la de éste, que con un valor que yo no pagaré nunca, se arrojó vestido y todo á salvar al pobre náutico. Yo, al ver á éste á mi lado, me agarré á él con las ansias de la muerte, imposibilitando sus movimientos, y los dos nos hubiéramos ahogado, seguramente, si Gumerindo, con una serenidad pasmosa, no me hubiera pegado un puñetazo en la boca del estómago que me hizo perder el conocimiento. Libre ya de mis garras, me llevó nadan-

do hasta la balandra, y cuando volví en mí me encontré calentito en mi cama y rodeado de las personas de mi familia. Diga usted, señora, si yo podré olvidar nunca lo que le debo á este hombre.

GUM.

CEL.

No es para tanto.
Cuanto yo haga por ti me parecerá siempre poco. Quisiera que en este momento se prendiera fuego á la casa.

GUM.

ELENA

MARG.

CEL.

¡Hombre! (se levantan todos.)
¡Jesús!
¡Qué atrocidad!
Sí, señor; para arrojarme á las llamas y salvaros á todos.

GUM.

MARG.

GUM.

Gracias. (Abrazándole.) Esto no es un amigo. (No; es un bombero.) (A Elena.)
¡Qué deseos tenía de que vinieras á pasar unos días con nosotros, porque supongo que vendrás por una temporadita!

CEL.

No lo sé. Lo mismo puedo estar aquí dos meses que veinticuatro horas. Depende de los negocios. Como es nuevo el personal de la fábrica...

GUM.

CEL.

GUM.

CEL.

¿Qué fábrica?
Pero ¿no has recibido mi circular?
No. ¿Has dejado el negocio de los vinos?
No tuve más remedio. El año pasado me gasté una fortuna en vinos blancos de la Rioja, y se me avinagró toda la partida.

GUM.

CEL.

¡Qué lástima!
En vista de eso, ¿qué dirán ustedes que hice?

GUM.

CEL.

GUM.

CEL.

¡Qué sé yo!
Me dediqué á la preparación de escabeches.
¡Ah! ¡Ya! Para aprovechar el vinagre.
Naturalmente. Y vaya un titulito que le he puesto á la fábrica. «*La Digestiva.*» *Escabeches al natural y conservas alimenticias.*

GUM.

CEL.

¡Lo que á este no se le ocurre!
Y ahora, con tu permiso, voy á hacer un obsequio á tu mujer y á tu hija. (Coge el saco lo coloca sobre la mesa y lo abre.)

ELENA

MARG.

GUM.

CEL.

¡Por Dios!
¡Tanta amabilidad!
¿Por qué te has molestado?
¡Pues no faltaba más!

MARG. (¿Qué nos traerá?) (A Elena.)
CEL. Productos de la casa. (Sacando una lata.)
MARG (¡Ah, vamos!)
CEL. Señora... *Lubina*.
ELENA Gracias.
CEL. Elenita... *Anquila*.
ELENA Muchas gracias.
CEL. *Congrio*. (A Gumersindo, que se ha vuelto de espaldas.)
GUM. ¿Eh?
CEL. *Congrio*.
GUM. ¡Ah!
CEL. Y llévense ustedes también estas otras latas de sardinas. (Dandoselas á Margarita y á Elena.)
GUM. ¿Para qué tanto?
MARG. (¡Pues no es poco *latoso* este buen señor!)
CEL. Ya las comerán ustedes, y verán cosa rica.
MARG. A propósito de comer. Creo que ya podíamos...
GUM. Pues es verdad. Vamos en seguida. Ya verás qué estómago el mío. Es un pozo sin suelo.
CEL. ¿Pero comen ustedes á estas horas?
GUM. Solemos hacerlo á las diez y nueve...
CEL. ¿Eh?
GUM. A las siete; pero hoy, por esperarte... Tendrás un café riquísimo.
CEL. ¿Comida y café á las diez de la noche? Quíá. De ninguna manera. Yo no ceno hace diez años más que mi chocolate y mi vaso de leche. Y tú debes hacer lo mismo. Es una locura á tus años comer fuerte á estas horas. Puede darte una congestión.
GUM. ¿Crees tú?...
CEL. ¡Vaya si lo creo!
GUM. ¡Bueno, bueno! Pues comed vosotras. Este y yo tomaremos chocolate.
MARG. Pues hasta luego.
ELENA Hasta después.
GUM. Toma, nena. Llévate el *congrío* de Celedonio.
CEL. Vayan ustedes con Dios.
ELENA A mí ya se me ha quitado el apetito. (A Margarita.)
MARG. (¡Claro! ¡Con tanto escabeche!...) (Vanse Margarita y Elena con las latas por la segunda izquierda.)

ESCENA X

GUMERSINDO y CELEDONIO

GUM. Conque, ¿qué te parece mi mujercita? (1)
CEL. Ella muy bien. El que me parece mal eres tú.
GUM. ¡Celedonio!
CEL. Sí, señor. Esa boda ha sido una barbaridad.
GUM. Te advierto que es una buena muchacha y muy bien educada. Era la profesora de labores de la niña. Le pagaba diez duros al mes y casi todos los días comía con nosotros. La pobrecita era huérfana, y yo...
CEL. Vamos, sí; te has casado por economía.
GUM. No, señor. Me he casado enamorado de ella.
CEL. Bueno; ¡pero no tendrás la pretensión de creer que ella esté enamorada de ti!
GUM. Hombre, me parece que yo...
CEL. Gumersindo, no seas mamarracho.
GUM. Claro; como tú eres enemigo del matrimonio...
CEL. Soy soltero por filosofía. Yo no he tenido nunca confianza en mí... ni en los demás... ¡No me fío de nadie! De joven no me casé porque tenía la seguridad de pegársela á mi mujer; y de viejo no me caso porque estoy seguro de que mi mujer me la habla de pegar á mí.
GUM. Tienes unas teorías...
CEL. No; no es esto decir que tu mujer... Créeme, Gumersindo, si alguna vez te faltara tendría yo un disgusto horrible.
GUM. ¡Toma! ¡Y yo!
CEL. No quiera Dios que esto suceda.
GUM. ¡Claro! Dios no puede querer esas cosas.
CEL. Vaya, ¿cuál es mi habitación? Deseo arreglarme un poco.
GUM. Aquí la tienes. (Segunda derecha.) Y esta otra es el despacho. (Primera derecha.) Si necesitas escribir... Aquí estarás como en tu casa. Si

(1) Celedonio—Gumersindo.

te hace falta algo no tienes más que llamar. Todos estamos aquí para servirte.
 CEL. Ya lo sé, ya lo sé. Hasta luego, Gumersindo.
 GUM. Hasta luego, Celedonio. (Vase don Celedonio, llevándose el saco por la segunda derecha.)

ESCENA XI

DON GUMERSINDO. Luego ELENA, por la segunda izquierda

GUM. ¡Cómo me quiere este hombre! ¡Caramba! Tengo un hambre más que regular. Me parece que con el chocolate no voy á poder aguantar hasta mañana. Voy á ver si tomo antes algo más sustancioso. (Aparece Elena.)
 ¿Qué? ¿Ya habéis comido?
 ELENA No tenía apetito.
 GUM. Pues yo sí. Estate con cuidado por si Celedonio necesita algo.
 ELENA Descuida, papá. (Vase Gumersindo por la segunda izquierda.)

ESCENA XII

ELENA y RAMIRO

ELENA ¡Pero, señor! ¿Qué le pasará hoy á Ramiro? (Desde la ventana.)
 RAM. ¿Se puede? (Desde el foro derecha.)
 ELENA ¡Gracias á Dios!
 RAM. ¿Estás sola? (1)
 ELENA Ya lo ves. Me parece que ya es hora de que vinieras.
 RAM. Si ya he estado aquí antes.
 ELENA ¿Sí?
 RAM. Me recibió tu papá. ¡Y cómo me recibió!
 ELENA ¿Qué?
 RAM. Estaba de un humor que ya, ya. Como que no he podido decirle á lo que venía. ¿Y sabes tú á lo que venía?
 ELENA A verme.

(1) Ramiro—Elena.

RAM. Y á pedirle tu mano.
 ELENA ¿Al fin te has decidido?
 RAM. Hace un momento si lo estaba, pero tu padre me recibió de una manera, que no sé si luego me atreveré. ¿Ha venido ya el huésped?
 ELENA Sí.
 RAM. Me alegro. Ahora estará más tratable.
 ELENA Atrévete; no seas pusilánime.
 RAM. No sé, no sé... A tu papá no le soy simpático, y á tu madrastra tampoco.
 ELENA ¿A Margarita?
 RAM. Sí, señor. Ayer tarde cuando tú saliste un momento, y yo me quedé ahí tocando la *Barcarola* de Bertini, al llegar al pianísimo, oí que Margarita le decía por lo bajo á tu papá: «No toleres esas relaciones. Ese chico no le conviene á Elena.»
 ELENA ¿De veras dijo eso? (Riéndose.)
 RAM. Sí.
 ELENA ¡Tonto!
 RAM. ¡Eh!
 ELENA Si todo eso es un plan convenido.
 RAM. ¿Cómo?
 ELENA Margarita está de nuestra parte. Me lo ha asegurado hace un momento. Dice que le gustas mucho.
 RAM. ¿Sí?
 ELENA Y que le eres sumamente simpático.
 RAM. Y yo que creía... (Muy contento.)
 GUM. (Dentro.) ¡Elena!
 ELENA ¡Voy!—¡Papá me llama!
 RAM. Indícale tú algo á ver cómo lo toma.
 ELENA Le anunciaré tu visita.
 GUM. (Dentro.) ¡Elena!
 ELENA ¡Allá voy!—No te marches. Hoy nos retiraremos más tarde... Atrévete. Con ese carácter no se va á ninguna parte. ¡Adiós, monín! (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA XIII

RAMIRO. Luego GARCÍA

RAM. ¿Que con este carácter no se va á ninguna parte?... Con este carácter... me voy ahora

mismo al jardín. Volveré cuando estén todos reunidos. El padre tiene unos prontos que le dejan á uno frío. (Tropieza al salir con García, que entra por el foro derecha.)

GAR.
RAM.
GAR.
RAM.
GAR.
RAM.

¡Ay! ¡Usted dispense.
No hay de qué.
Soy el afinador.
¡Ya! ¡Ya!
Voy con su permiso...
Es usted muy dueño. Me parece que éste y la doncellita se entienden. A mí no me la dan.) Quede usted con Dios. (Vase por el foro derecha.)

GAR. Vaya usted enhorabuena. El joven de los siete trajes. ¡Lástima de ropa! Parece un palomino atontado. ¿Dónde estará Juanita? Esta noche sin falta necesito verla. Valiente disgusto me acaba de dar el ama de cría. Si se empeña en dejarme á Pepitín, ¿qué hago yo con él? A ver si anda por aquí... (Se acerca á la puerta primera derecha.)

ESCENA XIV

GARCÍA, ELENA; luego DON CELEDONIO

ELENA (Que viene de la segunda izquierda.) Oye, Ramiro; papá dice... ¡Se ha marchado! ¡No! Allí está. Si es el afinador. ¡Señor García!
GAR. (Volviéndose asustado.) ¿Eh?... ¡Ah, señorita!... Miraba á ver si molestaba á alguien.
ELENA Venga usted acá, venga usted acá. ¡Valiente trapalón es usted! (1)
GAR. ¡Eh! (Asustado.)
ELENA ¿Como sigue Pepitín?
GAR. ¿Qué!
ELENA No se asuste usted, hombre. Papá no sabe nada, pero nosotras estamos enteradas de todo. Juana nos lo ha confesado.
GAR. ¿Es de veras? ¿Y nos perdonan ustedes?
ELENA Sí, hombre, sí.
GAR. Muchísimas gracias.

(1) García—Elena.

ELENA Cuento usted con mi protección.
GAR. ¡Ah, señorita! Es usted tan buena como hermosa.
CEL. (Que va á salir por la segunda derecha y se detiene en la puerta.) ¡Eh! (Asoma la cabeza por entre las dos hojas de la colgadura.)
GAR. ¡No sabe usted lo dichoso que me hace! Permitame usted que le exprese mi gratitud! (Cogiéndole una mano y besándola.)
CEL. ¡Canastos!
ELENA ¡Por Dios!
GAR. Es usted mi ángel tutelar.
ELENA Que mi papá no se entere, porque ya sabe usted cómo las gasta. No nos perdonaría nunca el que le hubiéramos engañado. (Oyese dentro la voz de don Gumersindo.) Ahí viene.
CEL. ¡Zambomba! (Se retiran.)
GAR. ¡Caracolitos! (Se sienta al piano y tecllea con fuerza.)

ESCENA XV

DICHOS y DON GUMERSINDO. Más tarde, JUANA.

GUM. (Dentro.) ¡Sí! Ya puede usted traer esos chocolates. (Saliendo por la segunda izquierda y oyendo á García.) Pero, hombre, ¿ya está usted por aquí otra vez?
GAR. No es más que este *fa*. ¿Ve usted? Está muy bajo. (1)
ELENA Sí, papá, es ese *fa*.
GUM. ¡Pues ya me voy yo *fas*... tidiando!
GAR. Es cosa de un momento.
ELENA En seguida despacha.
GUM. Bueno, bueno; pues acabe usted y no vuelva por aquí en una temporada. ¡Demonio de afinador! El mejor día me lo encuentro en la sopa... (García sigue afinando el piano.) ¿No decías que Ramiro estaba aquí?
ELENA Estaba, pero se ha marchado.
GUM. Pues ya veremos lo que opina Celedonio cuando le conozca.

(1) Elena—Gumersindo—García.

U. S. DEPARTMENT OF THE INTERIOR
BIBLIOTECA UNIV. DE MEXICO
"ALFONSO..."
1625 MONTEPEY, MEXICO

JUANA (Sale por la segunda izquierda con dos chocolates con bizcochos y dos vasos de leche en una bandeja.) Aquí está esto.

GUM. Colóquelo usted ahí. (En la mesita.) No sé si habrá despachado. (Se dirige á la segunda derecha.) ¿Se puede?

CEL. (Dentro.) ¡Adelante! (Vase don Gumersindo.)

ESCENA XVI

DICHOS menos DON GUMERSINDO

ELENA Vamos, díganse ustedes ahora todo lo que quieran; pero pronto, porque van á salir. (Se queda en la puerta segunda derecha.)

JUANA Muchas gracias. (1)

GAR. (A Juana.) Tenemos mucho que hablar. Acabo de ver á la nodriza.

JUANA ¿Le ocurre algo niño?

GAR. No, el niño está bueno; pero nos lo van á poner á dieta.

JUANA Pues, ¿qué pasa?

GAR. Que la nodriza no quiere seguir criándole.

JUANA ¡Ay, Dios mío!

GAR. Mañana por la mañana me lo entregará.

JUANA ¿Y qué vamos á hacer?

GAR. No lo sé. Ya escribí al tío Pepe pidiéndole dinero, pero ya sabes cómo es. Es preciso que hablemos.

ELENA ¡Que ya vienen!

GAR. Espérame esta noche.

JUANA ¿Dónde?

GAR. Ahí, en esa ventana, como el otro día. Cuando todos estén acostados, te asomas, que yo vendré por el jardín.

JUANA No sé si podré.

GAR. Pues no hay más remedio. (Hablan dentro don Celedonio y don Gumersindo.)

ELENA ¡Que ya salen!

JUANA Hasta luego. ¡Pobre Pepitin! (Vase por la segunda izquierda.)

(1) Elena—Juana—García.

GAR Yo me voy, no sea que el papá la tome conmigo. (Coloca en el piano la tabla delantera, que desde el principio del acto habrá estado apoyada en uno de los costados.)

ESCENA XVII

ELENA, GARCÍA, DON GUMERSINDO y DON CELEDONIO

ELENA Que se les enfría á ustedes el chocolate.

GUM. Vamos, vamos. (Viendo á García.) ¿No ha despachado usted todavía?

GAR. Sí, señor, sí. Me voy ahora mismo.

GUM. Vaya usted con Dios. (Se sienta y empieza á tomar el chocolate.)

GAR. Servidor de ustedes.

CEL. Beso á usted la mano. (Vase García por el foro derecha.) Oye. (A Gumersindo.) ¿Quién es ese joven? (1)

GUM. El afinador. Un pobre muchacho.

CEL. (¿El afinador?) Pues tiene gusto la chiquilla. (Va á sentarse. Elena le llama aparte.)

ELENA (Aparte.) (Oiga usted, don Celedonio.)

CEL. (¿Qué?)

ELENA (En usted confío.)

CEL. (¿Cómo?)

ELENA (Necesito que usted nos proteja.)

CEL. (¿Yo?)

ELENA (Que no se entere papá.)

GUM. Pero, hombre, que se enfría el chocolate.

CEL. Voy, voy. (Se acerca á la mesa y se sienta.)

ELENA ¿Necesitas algo, papá.

GUM. Nada, hija mía.

ELENA Pues hasta luego y que aproveche. (Vase por la segunda izquierda, haciéndole señas á don Celedonio.)

CEL. (La niña es de oro.)

(1) Elena—Celedonio—Gumersindo.

ESCENA XVIII

DON CELEDONIO Y DON GUMERSINDO

GUM. Ya ves que sigo tu consejo. En adelante me contentaré con esta cena frugal. (1)

CEL. No hay nada más sano.

GUM. Sano sí será; pero la verdad, para un estómago como el mío... Te advierto que aquí todos tenemos buen apetito. Es decir, todos no. La niña hace una temporadita que anda algo desganada. Los amores no la dejan vivir. Y á propósito, tenemos que hablar de esos amores.

CEL. Hombre, me alegro; creí que no sabías nada. Me sorprende que tú toleres esas relaciones. (Tomando chocolate.)

GUM. Pero, ¿cómo? ¿Estás ya enterado? (Con la boca llena.)

CEL. Me he enterado sin querer. Y, francamente, no es ese el novio que yo hubiera soñado para tu hija.

GUM. Le conocimos en casa de unos amigos á donde íbamos de reunión. Nos acompañaba todas las noches. Yo, naturalmente, le ofrecí la casa y hace tres meses que nos visita todos los días. Es un muchacho muy elegante.

CEL. ¡Hombre, por Dios! Si lleva un chaqué imposible. Pero la ropa es lo de menos. Yo creo que debes desear para Elenita un muchacho de carrera.

GUM. La tiene.

CEL. ¿Llamáis aquí carrera á la de afinar pianos?

GUM. ¿Qué?

CEL. ¡Sí, señor! Tu hija debe aspirar á algo más que á casarse con un afinador.

GUM. Pero, ¿qué estás diciendo?

CEL. Lo que oyes.

GUM. ¿Con un afina...? (Soltando la carcajada.) ¡Vamos, hombre! Tú no estás bueno de la cabeza. Si

(1) Celedonio—Gumersindo.

CEL. el novio de Elena es un muchacho elegantísimo, con su carrera de abogado.

GUM. ¿Sí, eh?

CEL. Sí, señor. Ya te le presentaré para que me digas tu opinión. Hace un momento estaba aquí. El parece que está muy enamorado de la chica, pero mi mujer se opone.

GUM. ¿Sí, eh? (Escamado.)

CEL. Le es muy antipático. No cesa de repetírmelo.

GUM. (¡Malo!) ¿Y ese joven elegante os visita con mucha frecuencia?

CEL. Todos los días.

GUM. ¿Y tu mujer le trata con amabilidad?

CEL. Naturalmente, por educación. Algunas tardes salen los tres juntos de paseo. La pobre Margarita se sacrifica por Elena, porque lo que es ella, no le puede tragar.

GUM. (¡Malo! ¡Malo!)

CEL. ¿Tú no acabarás todos los bizcochos?

GUM. No.

CEL. Pues yo ya he concluido mi ración. (Coge unos bizcochos del plato de don Celedonio.)

GUM. (¡Pobre Gumersindo!)

CEL. ¡Dios me conserve este apetito!

GUM. (Preocupadísimo se va á llevar un bizcocho á la boca y se queda ensimismado.) (¡Es natural! ¡Tenía que suceder!)

CEL. (Observando á Celedonio.) ¡Eh! (Sacudiendo la servilleta para llamarle la atención.)

GUM. ¿Qué?

CEL. ¿Qué es eso? A ti te pasa algo.

GUM. (Yo no debo permitir que engañen á este hombre.) Escucha, Gumersindo.

CEL. Aguarda un momento. (Acaba de beber la leche.)

GUM. Habla, cuéntame lo que te pasa.

CEL. Tú no dudarás de mi amistad.

GUM. ¡Antes la muerte!

CEL. Pues bien. (Se levanta y va hacia las puertas de la derecha y del foro; luego á las de la izquierda, y vuelve á su sitio.—Gumersindo le sigue con la vista girando sobre el asiento de la silla hasta casi caerse.)

GUM. (A este hombre le ocurre algo grave.)

CEL. Oye, Gumersindo. ¿Tú creerás que vives en la Guindalera? (Muy solemne.)

GUM. ¡Me parece!...

CEL. Pues, no señor. ¡Vives en el Limbo!
 GUM. ¿Eh?
 CEL. Tu hija está en amores con el afinador.
 GUM. ¡Dale bola! (Riéndose.)
 CEL. No hay bola que valga. Hace un momento, aquí mismo, los sorprendí diciéndose ternezas.
 GUM. ¡No es posible! (Preocupado.)
 CEL. Y él besaba la mano de tu hija.
 GUM. ¿Qué dices? (Muy serio.)
 CEL. Y la llamaba ángel mío, es decir, ángel suyo.
 GUM. ¡Ah! ¡Pillo! Por eso me le encuentro aquí á todas horas. (Se levantan los dos.)
 CEL. Naturalmente.
 GUM. ¿De modo que no sólo me engaña á mí, sino que engaña también á Ramiro, á ese pobrecito muchacho?
 CEL. Ese pobrecito muchacho, como tú le llamas, no viene aquí por tu hija.
 GUM. ¡Ah! ¡Ya! Viene por la doncella.
 CEL. Gumersindo, eres un infeliz.
 GUM. Entonces... ¡Ay, Dios mío de mi alma!... ¡Qué sospechal! ¡Le mato!
 CEL. ¡Calma, mucha calma! No hay que precipitarse. Tu mujer es inocente. Digo yo que debe de ser inocente.
 GUM. ¡Clarol
 CEL. Tú déjame á mí. ¿Me lo prometes?
 GUM. Te lo prometo. (Dándole la mano.)
 CEL. Gracias. Estate tranquilo. En cuanto á ese joven, yo me encargó de...

ESCENA XIX

DICHOS y RAMIRO, por el foro derecha

RAM. ¿Se puede?
 GUM. (¡Ahí está!) (A Celedonio.)
 CEL. (Me alegro.)
 RAM. Señores... (Entrando.)
 CEL. (¡Calma, mucha calma!) (A Gumersindo.) (1)

(1) Ramiro—Gumersindo—Celedonio.

RAM. Señor don Gumersindo...
 GUM. ¿Qué hay? (Con mucha sequedad.)
 RAM. Deseaba hablar con usted.
 GUM. Conmigo no tiene usted nada que hablar. Lo que tenga usted que decirme á mí, se lo dice usted al señor. (¿Eh?) (A Celedonio.)
 CEL. (¡Muy bien!)
 RAM. Si es que yo...
 GUM. ¡Ni una palabra más! (Le mira de alto á bajo con desprecio.) ¡Abur! (Vase con dignidad cómica por la segunda izquierda.)
 RAM. Usted lo pase bien. (Es un genio imposible...)

ESCENA XX

DON CELEDONIO y RAMIRO. Breve pausa. Ramiro mira sonriente á Celedonio, el cual estará muy serio

CEL. Tome usted asiento.
 RAM. Gracias. (Se sientan Ramiro en la butaquita y don Celedonio en la silla de la derecha de la mesita.) ¿Qué tal? ¿Ha llegado usted bien?
 CEL. Sí, señor, y, por fortuna, he llegado á tiempo. (Con intención.)
 RAM. Pues es raro, porque aquí los trenes llegan siempre con mucho retraso.
 CEL. Oiga usted, joven. (Acerca su silla á la butaca.) A mí nadie me la da.
 RAM. ¿Cómo?
 CEL. Que á mí nadie me la da.
 RAM. ¿Y qué es lo que no le dan á usted?
 CEL. (O es tonto ó se hace.) Conozco los propósitos de usted.
 RAM. Me alegro. A ver si ablanda usted á don Gumersindo.
 CEL. ¡Caballero!
 RAM. Ya tengo de mi parte á su señora.
 CEL. ¿Cómo?
 RAM. Yo creí que le era muy antipático; pero hoy...
 CEL. ¿Qué?
 RAM. Hoy me he enterado de que Margarita acepta mis relaciones.
 CEL. ¿Eh?